

EL PODER Y LA POLÍTICA. EL CONTRAPUNTO ENTRE RAZÓN Y PASIONES

Carlos Vilas, Biblos, Buenos Aires, 2013, 310 págs.

Franca Bonifazzi

No deja de ser una empresa osada intentar reseñar este libro de Vilas. ¿Cómo sintetizar una obra que atraviesa las grandes dilemáticas del pensamiento político clásico y moderno? En justicia, se podría decir que el suyo es uno de los compendios de filosofía política más relevante que se haya escrito en el último tiempo, el cual posee como virtud provenir de un pensar situado. Se trata de un libro que parte del inconformismo frente a las interpretaciones y discursos hegemónicos de la Ciencia Política enarbolada por la ideología neoliberal y el fin de las alternativas, a través de la cual — en sus palabras—, “vaciada de poder, la política se reduce a prácticas institucionales y a la gestión de modelos o esquemas administrativos”.

No parece ser la vía para Vilas el apotegma conservador que entiende que la realidad es lo que es, y por tanto cabría sacar el máximo provecho de lo que hay, ya que no conviene meterse con lo que no es oportuno cuestionar. Bien por el contrario, se trata de un autor para quien los procesos de cambio se han iniciado formulando las preguntas que el poder y los poderosos intentan sofocar. En consecuencia, su análisis parte de reflexiones sobre la cuestión del poder y los conflictos que a su respecto se suscitan, recuperando la política como la herramienta de construcción y transformación social, en consonancia con los procesos de cambio que acaecen en la región suramericana.

No se trata sólo de un libro filosófico, sino de uno que pide dialogar con el aporte que las realidades operan sobre los andamiajes teóricos con los que reflexionamos acerca de los problemas políticos. Asimismo, se trata de un escrito que se interna en el bosque, no le teme a los lobos, y se permite discurrir sobre problemáticas tan espinosas como las pasiones de los

hombres, ese “contrapunto” entre razón y pasiones que atravesó largamente las preocupaciones de la teoría política clásica y llegó hasta la moderna.

La organización del texto se realiza en siete apartados: el poder, la política, luchas y deliberación, la construcción política del otro, tiempo y política, miedos y afectos, y política y pasión. Dado que resulta imposible resumir sus aportes en todos estos temas, me limitaré a recuperar uno de los aspectos: en primera instancia, consideraré la valentía de preguntarse por las dimensiones no racionales que se encuentran presentes en la relación política, el miedo, la afectividad, la confianza y la fe.

Interpretando lecturas de Hobbes y Weber, Vilas expone el fundamento de la autoridad y la legitimidad en el realismo político: la obediencia está sustentada en última instancia en el temor, en el miedo a la sanción. Sin embargo, no hay régimen político que pueda asentarse exclusivamente en el miedo, y todo poder debe generar mecanismos de consenso. Pero además, el mismo miedo puede fomentar la desobediencia y la rebelión. Con relación a esto me permito una digresión vernácula: el poder disciplinario del miedo se percibe hoy en los barrios de Rosario, atentando contra la posibilidad misma de la polis en su sentido de lazo comunitario. Retomando los planteos de Vilas, si hablar permite transformar la realidad, los que medran con el statu quo tienen mucho que perder frente a la palabra. Sabido es que las emociones desempeñan un rol importante en la supervivencia de los individuos, y en este caso se trata de un *situs* en el que víctimas y victimarios conviven en un radio de diez cuadras. Quien quiere vivir en ciertas condiciones hostiles sabe qué cosas no debe hacer, y realizarlas implica ser una heroína solitaria como Norma Bustos, testigo del triple crimen de Villa Moreno y asesinada –al igual que su hijo– por las redes delictivas del narcotráfico. Frente al sistema de dominación por el terror, el sálvese quien pueda suele acarrear consecuencias catastróficas y gravosas. Solamente la organización grupal desaloja ese miedo que penetra a los individuos que se saben solos por su fragilidad. La acción colectiva permite que la sumatoria de individuos dé nacimiento a una entidad diferente, de amplias proyecciones y con mayor eficacia que las individualidades que la integran. Y con menor costo. Sobre esa alternativa posible, la de la organización colectiva, es que se construye la esperanza, el anhelo de que hay una alternativa, para lo cual existen numerosas visiones y potenciales conflictos a causa de esa pluralidad. He aquí el contrapunto entre razones y pasiones,

miedos y esperanzas, cooperación y lucha, las tensiones sobre las que se organiza la vida en común.

Por otra parte, y dentro de los argumentos nodales del libro, referiré al apartado sobre “Tiempo y política”, que ubica en el análisis una proposición fundamental para el ejercicio del poder: “solamente la permanencia en el tiempo del ejercicio de la fuerza y la obediencia hace posible la conversión de la supremacía fáctica en dominación política, y la transformación del poder en derecho”, lo que hace al principio de soberanía. En este sentido, Vilas pone en escena la dimensión temporal de la dominación política, la que constituye una “política del tiempo”, a partir de la cual se establece el tiempo dominante que marca el ritmo, la secuencia, las representaciones temporales y la duración de las acciones que legitiman el ejercicio del poder. La jornada laboral de cuarenta y cuatro horas semanales, el calendario, los campanarios de las iglesias, los relojes son camadura de esta institucionalización basada en la temporalidad. El tiempo, como mercancía, debe ser medido con la exactitud que se valúa cualquier otra mercancía. Es por tanto que la reglamentación del tiempo deviene, para el autor, en ideología; y en este caso, el tiempo repetitivo no niega el cambio en sí, sino el cambio que tenga la osadía de querer alterar este parámetro, los fundamentos de la autoridad. Cambio no es sinónimo de transformación.

Respecto a este último punto, el tan debatido “fin de la historia y de las ideologías”, incorporaba en sí el fin de la política: negar la posibilidad de uno de los recursos fundamentales de ésta, aquel que implica encontrar el momento adecuado, la oportunidad maquiavélica, la ocasión para actuar. Encontrar el momento para abrir una acción política transformadora, el acontecimiento. No se trata pues de derecho, reglamentación, cronologías, formalidades temporales socialmente aceptadas; sino de la construcción política del tiempo de la decisión y de la acción política. Sin embargo, este tiempo “fuera de tiempo” y de cronologías necesita de una lectura precisa. “Todo en su justa medida y armoniosamente”, “los políticos apresurados, son políticos fracasados” o “no hay tiempo que perder”, refiere a una de las claves en la lucha del poder. La dilación o el apresuramiento pueden acarrear consecuencias fatales para un movimiento político. Y aquí regresamos a uno de los puntos iniciales: no hay posibilidades de la razón de tener control sobre la fortuna, al igual que las pasiones, identificar la condición de los tiempos es un acto de *virtú* política fuera de cálculos.

Poder y política abordados desde todas sus dimensiones son el centro de los interrogantes del libro, son la cuestión y son toda esa cuestión. Ni más ni menos, una lectura para aficionados del pensar político, un mérito de autor de emprender este desafío de escritura recomendada.